

COLEGIO SALESIANO DE SAN MIGUEL ARCANGEL

Repullés y Vargas, 11

MADRID - 11



REVERENDO

D. PEDRO GIL HERNANDEZ

Queridos Hermanos:

Cumplo el doloroso deber de comunicaros el fallecimiento del sacerdote

DON PEDRO GIL HERNANDEZ

acaecido el pasado día 15 de diciembre de 1972.

Apenas hacía diez meses le teníamos todavía entusiasta trabajador en este casa, entregándose de lleno a su labor sacerdotal y también de profesor y asistente. Unas misteriosas y, al parecer leves dolencias, preludiaban la terrible enfermedad —del todo incurable— que, entre grandes dolores, le llevó a la muerte.

Don Pedro Gil había nacido en Valdealcón (León), donde en el año 1931 su padre ejercía la noble profesión de maestro nacional. Estudió todo el bachillerato en nuestro colegio de Salamanca y, al final del mismo, ingresó en aquella universidad como alumno de la facultad de medicina. Al terminar el tercer año, con matrículas y sobresalientes, abandonó su carrera universitaria y, contando veintiuno de edad, ingresó en el noviciado salesiano de Mohernando (Guadalajara).

Tomada esta decisión, puede decirse que don Pedro fue siempre fiel a su vocación. Espíritu juvenil, deportista, apostólico sobre todo, capellán de los boy scout, era el alma de paseos y excursiones; también cuando algún reducido equipo de salesianos nos tomábamos algunos días de descanso en la vecina sierra en inolvidables acampadas. Don Pedro era entonces insustituible por su probada experiencia.

Los últimos seis años de su vida trascurrieron en este colegio. Su presencia fue siempre una bendición para la casa y comunidad, pero sobre todo, hemos de agradecerle la última lección suprema que nos ha dado en los meses de su penosa enfermedad.

Don Pedro ha sabido conducirse eficazmente en los tiempos difíciles que hemos atravesado últimamente. Como joven que era no se mostraba extraño a los cambios y vicisitudes por los que recientemente ha pasado y, pasa aún, la Iglesia y la Congregación; pero como religioso obediente, trabajador y, sobre todo, humilde, sabía actuar rectamente en cada momento, recurriendo al expediente seguro de la práctica íntegra de sus deberes religiosos. Don Pedro, como por la gracia de Dios hacen hoy tantos salesianos, no hablaba demasiado, no discutía mucho, no divagaba acerca de derechos propios y obligaciones ajenas. Cumplía, o procuraba cumplir, en toda su pureza la doctrina asimilada en los años fervorosos de su noviciado y formación, se esforzaba por ser un buen religioso, fiel seguidor de los ejemplos del Fundador y de muchísimos guías salesianos con los que convivió desde sus años de colegial en Salamanca hasta los últimos días de su vida. ¡Qué descanso para aquél que por obediencia tiene el oficio de dirigir una comunidad cuando encuentra un

salesiano, varios salesianos, que, sacrificados y obedientes, se prestan a todo lo que haga falta hacer! Yo podía recurrir siempre con confianza y seguridad a don Pedro y para mí era un alivio el saber de antemano que en él encontraría ayuda.

Podemos decir que era virtuoso, pero que tenía "la virtud de saber esconder esta virtud" que, no obstante y naturalmente, se manifestaba continuamente en las múltiples facetas de su vida ordinaria.

Fiel reflejo de su vida ha sido su muerte. Sufrió con paciencia su enfermedad larga y dolorosa, tal como la vaticinaron los médicos desde el primer momento. El sabía que estaba condenado a muerte desde casi el principio y, jamás perdió la paciencia ni se escapó de su pecho una queja en este sentido. Con tiempo —dos meses antes de morir— quiso recibir la unción de enfermos, el santo viático, la bendición apostólica y oír la recomendación del alma. Presente toda la comunidad en esta ocasión, pidió perdón y se despidió de todos en una sencilla plática que nos conmovió hondamente.

Tenía una preocupación manifestada varias veces al señor Inspector y a mí mismo: el no poder, tal vez, dar buen ejemplo a todos en el trance supremo. Quería morir, decía él, tranquilo y resignado y temía que los dolores no se lo permitieran.

En una profunda fe cristiana no descartaba tampoco la posibilidad de una gracia o milagro. Se había encomendado, en este sentido, a don Rua el día mismo de su beatificación y me encargó: "Quiero, que si curo, —señor Director— me recuerde siempre que he ofrecido al Señor consagrar toda mi vida a la juventud pobre en Oratorios Festivos".

En los postreros momentos, agotado hasta el extremo, recogiendo sus últimas energías, afloraban a sus labios las ideas madres que fueron siempre su soporte religioso. "Sufro —decía— pero lo ofrezco todo al Señor" y, dándose cuenta de que estaba yo a su lado, añadió: "Principalmente por el señor Director". ¿No es ésta una manera consoladora de interpretar la superioridad?

En presencia del Reverendo Vicario Inspectorial (ausente el Padre Inspector en Roma), de gran número de Hermanos de esta comunidad, y de sus parientes más allegados, con estas frases finales: "Acoge esto, Señor, que es creación tuya". "Ya he ofrecido todo tranquilamente". "Vamos; ya está", entregó piadosamente su alma al Señor.

A la misa de corpore insepulto, concelebrada por más de 40 sacerdotes que vinieron hasta de los colegios más alejados de la Inspectoría, y a la inhumación de sus restos en el panteón salesiano de Carabanchel, acudió gran multitud compuesta de: familiares, salesianos, hijas de María Auxiliadora, profesores seglares del colegio, alumnos, padres de alumnos y representaciones de todas las ramas de la familia salesiana.

En el cementerio, un alumno leyó una sentida despedida.

Que nuestro hermano don Pedro, fiel miembro del Cuerpo Místico de Cristo, nos alcance con sus sufrimientos e intercesión, paz y prosperidad para la Iglesia, la Congregación y la Inspectoría.

Os pido una oración por el eterno descanso de su alma; también por esta casa y por vuestro afmo. in Xto.

LUIS G. GUITIAN, director

Madrid, 1 de enero de 1973.

Datos para el necrologio:

Sacerdote don Pedro Gil Hernández, de Valdealcón (León), muerto en Madrid (España), el día 15 de diciembre de 1972, a los 41 años de edad, 19 de profesión y 11 de sacerdocio.